

AMARO PARGO - N

7º El corsario de corazón generoso

Esta es la historia de "**Amaro Pargo**", un personaje tan fascinante que parece sacado de un libro. Y lo acompañará un hombre muy especial, su fiel ayudante, un personaje tan peculiar que bien podría haber sido inventado por Cervantes: Rodolfo, su particular Sancho Panza.

Un Niño llamado "Pargo"

Corría el año 1678. En la isla de Tenerife, en las Canarias, en una casa de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, nacía un Niño al que bautizaron con un nombre larguísimo: Amaro Rodríguez Felipe y Tejera Machado. Sus padres no escatimaron en letras.

Pero nadie, absolutamente nadie, le llamaba así, claro. Demasiado nombre para un Niño que pronto empezaría a correr por los muelles, trepar por las cuerdas de los barcos atracados y soñar con horizontes lejanos. Pronto le pusieron un apodo que le acompañaría para siempre: Amaro Pargo.

-¿Y por qué "Pargo"? ¿Qué es un pargo?

Es un pez. Y no un pez cualquiera: el pargo es un nadador rapidísimo, astuto, que sabe camuflarse entre las rocas y aparece donde menos lo esperan. Un pez que siempre estaba en el lugar adecuado en el momento justo.

Desde pequeño, Amaro creció viendo llegar a los puertos barcos de todo el mundo. Canarias era entonces una parada obligatoria en la ruta entre Europa y América. El puerto bullía con comerciantes, marineros, soldados... y también piratas. Sí, piratas de verdad, con parches, pata de palo y gritos de "*¡al abordaje!*".

El pequeño Amaro se pasaba las horas muertas en el muelle, escuchando las historias de los viejos lobos de mar. Historias de tormentas, de islas desiertas, de batallas navales. Y allí, en aquel bullicio de tabernas y velas hinchadas por el viento, nació su sueño: surcar los mares, ver mundo... y, por qué no, llenar sus bolsillos de doblones de oro.

Rodolfo*, el asistente de vientre agradecido

Pero ningún héroe viaja solo. Ni Don Quijote sin Sancho, ni Amaro Pargo sin su fiel compañero: Rodolfo.

Rodolfo era un hombre de pocas luces pero de mucho corazón. Bajito, regordete, con una barriga que parecía llevar un tambor bajo la camisa. Era el contra maestre del barco de Amaro, pero en realidad hacía de todo: cocinero, grumete, espadachín de pacotilla y, sobre todo, asistente.

**Rodolfo: Nombre ficticio*

Rodolfo era glotón. No, no: era muy glotón. Tenía una relación de amor eterno con el jamón, el queso, el gofio y cualquier cosa que se pudiera masticar. Se pasaba el día quejándose de que nunca había suficiente comida a bordo, de que la paga era miserable y de que Amaro era un santo que no sabía divertirse. Pero cuando llegaba la hora de la verdad, cuando los cañones rugían y los piratas enemigos saltaban a cubierta, Rodolfo estaba siempre al lado de su capitán, temblando como un flan pero sin soltar la espada.

¿Y qué hacía Rodolfo cuando Amaro repartía el botín entre los pobres? Pues gemir, lamentarse, ponerse las manos en la cabeza y decir frases como:

- *"¡Pero capitán, que ese Niño no necesita un doblón! ¡Yo necesito un jamón!"*
- *"¡Ay, Virgen del Pino, otra vez con las moneditas para los pobres! ¡Si sigue así, mi estómago va a declararse en huelga!"*
- *"Señor Amaro, ¿no cree que Dios también quiere que yo coma caliente? ¡Llevo tres días a base de galleta de barco!"*

Pero a pesar de sus lamentos, Rodolfo nunca abandonó a su capitán. Porque en el fondo —muy en el fondo, debajo de la capa de grasa y el afán por la comida—, Rodolfo admiraba a Amaro más que a nadie en el mundo. Y cuando veía la sonrisa de un Niño que recibía una moneda, o la lágrima de un anciano al que le pagaban el médico, Rodolfo se limpiaba un lagrimón disimuladamente y decía:

- *"Bueno... igual un jamón menos no me va a matar."*

Rodolfo era la risa en medio de la tormenta. Era la voz de la gula que siempre perdía contra la voz de la generosidad. Y sin él, la vida de Amaro Pargo habría sido mucho más aburrida.

El día que el destino llamó a su puerta

Amaro se embarcó muy joven, como grumete, aprendiendo todos los secretos de la navegación: las cuerdas, las velas, los nudos, los cañones, la orientación por las estrellas. Era un alumno aplicado y, sobre todo, valiente. No había tormenta que lo asustara ni enemigo que lo hiciera retroceder.

Pero su gran momento llegó un día en que el barco en el que viajaba fue atacado por piratas enemigos.

La tripulación estaba aterrorizada. Los piratas eran muchos, y venían con cañones humeantes y cuchillos entre los dientes. El capitán, un hombre ya mayor y con más miedo que vergüenza, se escondió en su camarote.

- *¡Estamos perdidos!* —gritaban los marineros.

En medio del caos, un joven de mirada firme dio un paso al frente. Era Amaro.

- *No estamos perdidos* -dijo con una calma que sorprendió a todos-. *Tenemos un plan.*

El capitán asomó la cabeza por la puerta de su camarote:

- *¿Un plan? ¿Quién eres tú para tener un plan?*

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

—Soy Amaro, señor. Y mi plan es este: *finjamos que nos rendimos.*

El capitán lo miró como si acabara de decir que el mar era agua dulce.

—¿Rendirse sin luchar? ¡Eso era una locura!

Pero Amaro se acercó y le susurró el resto de la estrategia al oído. El capitán abrió los ojos como platos, dudó un momento... y luego asintió.

La trampa funcionó a la perfección. Los piratas, confiados, se acercaron al barco pensando que la victoria era suya. Bajaron las defensas, rieron a carcajadas, brindaron con ron... Y entonces, ¡zas! Los marineros de Amaro taponaron la boca de los cañones piratas con trapos y madera, inutilizándolos, y lanzaron un ataque sorpresa.

Fue una victoria tan rápida como contundente. El botín fue enorme.

Como recompensa, el capitán, avergonzado por su propio miedo y agradecido por el valor del joven, le regaló a Amaro... ¡su propio barco!

Y así, con un barco bajo sus pies y el viento a favor, comenzó la historia de uno de los **corsarios** más famosos de España.

Rodolfo, que ya navegaba con él desde hacía años, dio un salto de alegría:

—¡Barco nuevo, capitán! ¡Eso significa... despensa nueva! ¡A ver si esta vez ponemos más chorizo!

Corsario, no pirata

¿Y cuál es la diferencia?

- *El pirata es un criminal. Ataca cualquier barco, de cualquier país, en cualquier momento, porque le da la gana. No tiene leyes ni bandera. Es el lobo solitario del mar.*

- *El corsario, en cambio, tiene un papel. Un documento oficial. Una **patente de corso** firmada por el rey. Ese papel le permite atacar solo a los barcos de las naciones enemigas de su país. A cambio, una parte del botín va para la corona.*

Amaro Pargo era como un "pirata con licencia". El rey de España, primero Carlos II y luego Felipe V, le había dado su bendición para que, en nombre de España, asaltara barcos ingleses y holandeses, que entonces eran los grandes enemigos.

Según Rodolfo:

—Mire, usted: *el pirata roba porque es malo. Mi capitán roba... porque se lo ha dicho el rey. ¿Que el rey también es un poco pirata? Eso no lo digo yo, que me cortan la cabeza.*

Amaro se reía cada vez que Rodolfo soltaba estas perlititas. Y luego le recordaba:

—Rodolfo, no "robamos". "Requisamos en nombre de Su Majestad".

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

—Claro, claro —respondía Rodolfo—. Y luego "requisamos" el jamón del barco inglés y nos lo comemos. Señor, perdóneme, pero el jamón no sabe a "requisa", sabe a gloria.

El hombre más rico de Canarias

Con el tiempo, Amaro Pargo se hizo inmensamente rico. Hablamos de una fortuna brutal:

- Más de 900 fanegadas de tierra. Una fanegada es como un campo de fútbol y medio.
- 42 casas. Cuarenta y dos. En una de ellas vivía él; las demás las alquilaba o las usaba para almacenar mercancías.
- Viñedos enteros para hacer vino de malvasía, uno de los más apreciados de la época.
- Una destilería de aguardiente.
- Joyas, monedas de oro, sedas, porcelanas, muebles de caoba...

Comerciaba con América llevando vino y aguardiente canario, y trayendo cacao, tabaco, cueros y otros productos valiosos. Sus barcos surcaban el Atlántico con nombres tan curiosos como "El Clavel" o "La Santísima Trinidad".

Rodolfo, cada vez que veía los cofres llenos, frotaba sus manos con avaricia.

—Capitán, con esto compramos media isla. ¿No cree que ya es hora de retirarse y vivir como reyes?

Amaro sonreía con una mezcla de cariño y picardía.

—Todavía no, Rodolfo. Todavía no.

Lo que Rodolfo no sabía era que su capitán ya estaba tramando algo mucho más grande que comprar tierras.

El corazón bajo el parche

Y aquí llegamos al momento más sorprendente de esta historia. Porque Amaro Pargo, el corsario temido, el hombre que había saqueado decenas de barcos, que había comerciado con todo tipo de mercancías, que había sido el terror de los mares enemigos... decidió usar su fortuna para ayudar a los que más lo necesitaban.

¿Por qué?

Nadie lo sabe con certeza. Pero los historiadores tienen teorías.

Algunos creen que le remordía la conciencia. Que, en las noches en vela, recordaba las caras de los marineros a los que había derrotado, las familias que se habían quedado sin padre, los barcos hundidos. Y decidió compensarlo haciendo el bien.

Otros piensan que su profunda fe cristiana fue la que le movió. Amaro iba a misa todos los domingos, confesaba sus pecados, comulgaba. Y un día, el cura le dijo:

–Hijo, de nada sirve llenar tus arcas si vacías tu alma. Y Amaro lo entendió.

Lo cierto es que Amaro Pargo se convirtió en el mayor benefactor de los pobres de Tenerife. Y no lo hacía a escondidas, ni con vergüenza. Lo hacía con orgullo, a la luz del día, para que todo el mundo viera que un corsario también podía tener un corazón enorme.

1. Ayudaba a los presos de la cárcel.

En aquella época, las cárceles eran lugares terribles: húmedos, oscuros, sin comida apenas. Los presos se morían de hambre y de enfermedades. Amaro visitaba la cárcel regularmente, donaba dinero para que tuvieran comida caliente, mantas para el frío y, en algunos casos, pagaba abogados para que los inocentes pudieran salir.

2. Creó monedas para los pobres.

Parece mentira, pero había un problema enorme: no había monedas pequeñas. Las monedas que circulaban valían demasiado. Un pobre no podía comprar un pan porque el pan costaba menos que la moneda más pequeña que existía. ¿Solución? Amaro propuso al Cabildo (el gobierno de la isla) crear los "cuartos" y "ochavos", moneditas de poco valor para que los necesitados pudieran comprar pan, leche y queso. Y lo pagó de su bolsillo.

3. Financiaba conventos e iglesias.

Pero no para poner altares de oro. Amaro donaba dinero a la Iglesia para que los frailes y monjas pudieran seguir ayudando a los desamparados: enfermos, huérfanos, viudas, ancianos. Él ponía el dinero; ellos, las manos.

4. Pagaba médicos y medicinas.

Enfermarse en el siglo XVIII era casi una sentencia de muerte si no tenías dinero. Amaro pagaba consultas, ungüentos, pócimas y hasta cirugías para quienes no podían costearlas.

Hay una anécdota maravillosa que circulaba entre la gente de la época. Se decía que Amaro Pargo prefería remendar sus propias botas rotas –coserlas él mismo con hilo y aguja– antes que negarle un plato de comida a un Niño hambriento. Prefería ir descalzo antes que un Niño pasara frío. Prefería dormir en una tabla antes que un anciano durmiera en el suelo.

Rodolfo, cuando oía estas historias, ponía cara de resignación:

–Ya está el capitán otra vez con sus botas rotas. Y yo que le regalé unas botas nuevas para su cumpleaños... Las vendió, seguro. Para comprar más sopa para los pobres. Ay, Señor, qué cruz.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

La monja y el corsario

Otro aspecto fascinante de su vida fue su amistad con Sor María de Jesús de León y Delgado, una monja del convento de Santa Catalina en La Laguna.

Sor María era conocida cariñosamente como "*la Siervita*". Era una mujer profundamente espiritual, que pasaba horas en oración y tenía fama de hacer milagros. También era conocida por su sentido del humor: se cuenta que a veces gastaba bromas a las novicias más jóvenes y que reía con ganas, algo poco habitual en los conventos de la época.

Amaro sintió una devoción enorme por esta religiosa. Acudía a pedirle consejo siempre que volvía de sus largos viajes. Se sentaban en el locutorio del convento —una sala con una reja de por medio, porque las monjas no podían mezclarse con hombres— y hablaban durante horas de Dios, del mar, de la justicia y de la vida.

Rodolfo, que esperaba fuera, siempre comentaba:

—El capitán hablando con la monja... y yo aquí, con el estómago vacío. Podrían al menos pasar un bocadillo por la reja.

El esclavo liberado

Hay un capítulo en la vida de Amaro Pargo que hoy resulta incómodo, pero que se debe mencionar porque muestra su complejidad. En aquella época, el comercio de esclavos era algo habitual. Y Amaro participó en él.

Pero Amaro Pargo tuvo muy pocos esclavos a lo largo de su vida: solo 10 en total. Comparado con otros grandes comerciantes de la época, que tenían cientos, la cifra es ridículamente baja.

Y lo que es aún más sorprendente: liberó a muchos de ellos.

Uno de ellos se llamaba Cristóbal Linche. Amaro no solo lo liberó de la esclavitud, sino que en su testamento dejó escrito un deseo extraordinario: que Cristóbal, si así lo quería, pudiera ser enterrado en la misma cripta familiar, junto a los Pargo, en la iglesia de Santo Domingo.

En una época en que los esclavos eran considerados propiedades, objetos, mercancías, Amaro Pargo decía: "*Este hombre es mi familia. Este hombre merece descansar junto a mí*".

Era como si hoy alguien dijera: "*Mi nevera puede sentarse a mi mesa a cenar*". Rompía todas las reglas sociales, todas las convenciones, todo lo establecido.

Hay otra historia increíble. En 1710, Amaro transportaba un esclavo llamado Sebastián a Venezuela. El barco atracó, el dueño del esclavo esperaba en el puerto para recibir su "*mercancía*"... y Amaro simplemente dejó escapar a Sebastián. Lo soltó. Le dijo:

--Corre, no mires atrás, eres libre.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

El dueño, furioso, denunció a Amaro. Lo llevaron ante el juez. Y Amaro, en lugar de disculparse o pagar una multa, se plantó y dijo:

–Prefiero enfrentarme a la justicia de los hombres antes que negar la justicia de Dios.

Rodolfo, que estuvo presente en el juicio, recordaba aquel día con una mezcla de terror y orgullo:

–El juez echaba espuma por la boca. El demandante gritaba como un gallo desplumado. Y mi capitán, tan tranquilo, con las manos en los bolsillos y una sonrisa de medio lado. Yo pensaba: "Aquí nos van a colgar a los dos". Y al final no pasó nada. Pagó una multa y listo. Pero qué susto, madre mía.

El testamento más generoso de la historia

Amaro Pargo murió el 4 de octubre de 1747, a los 69 años. Había vivido lo suficiente para ver cómo su fortuna se convertía en bendiciones para miles de personas.

Cuando se abrió su testamento, todos esperaban leer una lista interminable de propiedades para sus herederos. Y sí, había herederos: sobrinos, primos, amigos. Pero la mayor parte de su fortuna no fue para ellos.

Amaro dejó escrito que su dinero se destinara a:

- Una capellanía perpetua para que se rezaran misas por los pobres.
- Una fundación que repartiera comida y ropa a los necesitados cada semana.
- El mantenimiento del convento de Sor María.
- La mejora de las condiciones de la cárcel de La Laguna.
- La educación de Niños huérfanos.

Y para Rodolfo, su fiel asistente, dejó una cantidad suficiente para que pudiera retirarse a una casita con una despensa bien surtida.

–Al final –dijo Rodolfo cuando lo supo–, el viejo se acordó de mí. Y no me dejó un jamón, sino una jamonera entera. Bueno, casi.

Rodolfo sobrevivió a su capitán solo unos años. Cuentan que pasaba las tardes sentado en el muelle, mirando el mar, comiendo queso y hablando solo. A veces se le oía decir:

–Ay, capitán, ahora que tengo jamón para parar un tren... no tengo a nadie con quien compartirlo.

Y se secaba una lágrima con la manga de la camisa.

El tesoro que nadie encuentra

Amaro Pargo fue enterrado en la iglesia de Santo Domingo de La Laguna, bajo una lápida que aún puede verse hoy.

Y en esa lápida hay algo que llama poderosamente la atención: una calavera que guiña un ojo. Sí, han oído bien. Una calavera tallada en piedra, con un ojo cerrado y el otro abierto, como si estuviera haciendo un guiño cómplice a quien la mira.

Mucha gente cree que es un símbolo pirata. "*¡Claro!*", dicen, "*un corsario con calavera, como en las imágenes*". Pero los historiadores explican que no es exactamente así. En aquella época, se colocaban calaveras en las tumbas no por piratería, sino para recordar a los fieles que la muerte es igual para todos... y también para evitar que la gente pisara la cruz sin querer. Un pobre cruzado no podía pisar la lápida porque la calavera le advertía: "*Cuidado, aquí hay alguien*".

Pero la leyenda más famosa es otra.

Se dice que Amaro Pargo escondió un enorme tesoro en algún lugar de Tenerife. No era oro robado, sino sus ahorros personales: monedas de oro, joyas, porcelanas chinas, documentos secretos... todo dentro de un cofre o, según otras versiones, dentro de un libro forrado en pergamino marcado con la letra "D".

Durante siglos, la gente ha buscado ese tesoro. Han saqueado sus antiguas casas, arrancado piedras de las paredes, cavado en sótanos y jardines. ¡Hasta han usado detectores de metales en pleno siglo XXI! Pero nadie lo ha encontrado nunca.

Quizá porque el tesoro no existe. O quizá porque el verdadero tesoro de Amaro Pargo no era el oro escondido, sino todo lo que repartió entre los pobres.

Rodolfo, cuando le preguntaban por el tesoro, se reía:

—El tesoro, dicen. Si supieran que el capitán se gastaba el dinero antes de ganarlo.

Amaro Pargo fue un hombre lleno de contradicciones. Y quizá por eso nos resulta tan cercano. No fue un santo. Fue un corsario que mató, que saqueó, que comerció con esclavos. Pero también fue un hombre que, al final de su vida, eligió el camino de la generosidad.

No fue perfecto. Pero intentó ser mejor.

Y eso es lo que nos enseña: que da igual de dónde vengas o lo que hayas hecho. Siempre puedes elegir hacer el bien. Siempre puedes usar lo que tienes para ayudar a los demás. Siempre puedes remendar tus botas rotas para que un Niño coma caliente.

Amaro Pargo creía en la justicia. No la justicia de los jueces o los reyes, sino una justicia más profunda: la de compartir lo que tienes con quien no tiene nada. La de mirar a los ojos a un esclavo y ver a un hermano. La de visitar a los presos y darles esperanza.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

Y lo hacía movido por su fe cristiana. Amaro iba a misa, sí, pero sobre todo intentaba vivir la Biblia: *"Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve en la cárcel y vinisteis a verme"*. Eso no se queda en la iglesia. Eso se vive en la calle.

Rodolfo, a su manera, también entendió esta lección. Porque al final de su vida, el hombre que solo pensaba en jamones y quesos se convirtió en el principal difusor de la historia de Amaro. Iba por las tabernas, pedía un vino y contaba:

—Yo estuve con él. Yo vi cómo repartía el oro. Yo escuché cómo decía: "Rodolfo, el dinero se acaba, pero lo que das, eso dura para siempre".

Y los parroquianos le preguntaban:

—¿Y usted qué hacía mientras tanto, Rodolfo?

Y él respondía, con una sonrisa pícaro:

—Yo, cargar los cofres y quejarme. Pero al final, ¿saben qué? Tenía razón el capitán.

No hay ningún documento histórico que demuestre que Amaro Pargo dijera exactamente esta frase. Pero la gente la repite desde hace siglos, y bien podría haber salido de su boca o de la de Rodolfo:

"Más vale dar que guardar, que el tesoro verdadero está en saber ayudar, no en tener un gran dinero."

O quizá, como la contaba Rodolfo en las tabernas:

"El que guarda, pierde. El que da, gana. Y si encima reparte jamón, gana el doble."